

La imagen urbana de Bogotá. Reflexiones sobre el desarrollo histórico de la capital en virtud de su condición de «cerebro y corazón del país» a finales del siglo XIX y comienzos del XX

Adriana María Suárez Mayorga.

Doctora en Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires.

Docente de Postgrado. Universidad de La Salle. Bogotá, D.C., Colombia.

Email: am_suarezm@yahoo.com

Fecha de recepción: 21 de mayo de 2015

Aceptación final del artículo: 5 de octubre de 2015

El propósito del artículo es analizar el carácter histórico de Bogotá a la luz de su condición «de cerebro y corazón del país», partiendo de la premisa de que este calificativo se encuentra estrechamente ligado a la noción de Atenas Suramericana aplicada a la capital bogotana a fines del siglo XIX. La manera de abordar el problema se fundamentó en la recopilación e interpretación de fuentes primarias y secundarias, haciendo especial énfasis en la prensa de la época.

La conclusión principal del estudio es que de la exaltación de la imagen urbana de Bogotá como Atenas Suramericana encarnó el triunfo rotundo de la ideología regeneradora. Una ideología que se fundamentó en la preeminencia de lo espiritual sobre lo material, generando con ello no sólo la conformación de una nación fragmentada y antimoderna, sino sobre todo, sustentada en el recelo de las regiones hacia la capital del país. La persistencia en nuestra historiografía de una concepción errada de que Bogotá se confabuló con el Gobierno para oprimir a las regiones, ha sido además la responsable de que esa animadversión de la periferia frente al centro siga vigente entre los colombianos.

Palabras clave: Bogotá, Regeneración, Atenas Suramericana, imagen urbana, nación, siglos XIX y XX.

The urban image of Bogotá. Reflections about the historical development of the city by virtue of its position as «brain and heart of the country» at the end of the nineteenth century and the beginning of the twentieth century.

The purpose of this article is to analyze the historical character of Bogotá in the light of its condition «of brain and heart of the country», having in mind the premise that this qualification is closely linked to the notion of Atenas Suramericana applied to Bogotá at the end of the nineteenth century. The approach to the problem was based on the searching and interpretation of primary and secondary sources, doing special emphasis in the press of the period.

The main conclusion is that the exaltation of the urban image of Bogotá as Atenas Suramericana represented the triumph of the Regeneración ideology. Due to the fact that this ideology was based on the primacy of the spiritual over the material, this not only caused the formation of a fragmented and anti-modern nation, but also encouraged the mistrust of the regions to the capital. The persistence of the misconception in our historiography about the agreement between Bogotá and the government to oppress the regions, has also been responsible of the persistence of that animosity of the periphery against the center among Colombian people.

Key word: *Bogotá, Regeneración, Atenas Suramericana, urban image, nation, nineteenth and twentieth century.*

La premisa de la cual parten las reflexiones que se harán a continuación es que la condición «de cerebro y corazón del país» que históricamente se le ha otorgado a Bogotá se encuentra estrechamente ligada a la noción de Atenas Suramericana utilizada después de la segunda mitad del siglo XIX por los letrados de la época - tanto extranjeros como nacionales- para describir a la capital¹. Quienes se han dedicado a estudiar este tema han centrado su interés en dilucidar qué autor acuñó inicialmente dicha denominación y en qué circunstancias lo hizo, pero hasta el momento no se han interesado por indagar acerca de la imagen urbana que se construyó en torno a ella². La pretensión de las páginas que siguen es dilucidar esta cuestión con el fin de ahondar en la «dimensión simbólica de la ciudad» (Lacarrieu, 2007: 48).

¹ Los letrados, término utilizado siguiendo los planteamientos de Ángel Rama (1984), son aquellos personajes que a través de sus escritos reflexionaron sobre la realidad nacional y por su posición en la sociedad tuvieron cierta incidencia en ella.

² Según Mónica Lacarrieu (2007), las imágenes urbanas son “construcciones espaciales, culturales y sociales producto de campos de luchas simbólicas. No son la realidad, sino la representación de la realidad que se constituye a partir del resumen de evaluaciones, concepciones del mundo, preferencias, homogeneizando una idea de ciudad. Así, toda imagen urbana es un cúmulo de estereotipos, de cuya sumatoria emerge una imagen estereotipada de la ciudad en cuestión y por ello es una falacia: no es mentira, pero no es absolutamente cierta” (51).

Teniendo en cuenta lo anterior, el argumento que aquí se sostiene es que, allende si fueron los franceses Charles Saffray o Elisée Reclus, el argentino Miguel Cané o el español Marcelino Menéndez Pelayo quienes la bautizaron de ese modo, la imagen de urbe ateniense establecida a finales de la centuria decimonónica terminó instituyéndose en una suerte de sello distintivo de los colombianos que se ha mantenido vigente hasta el día de hoy³.

Un elemento que es preciso remarcar, en procura de abordar este problema, es la singularidad del caso bogotano; si bien es innegable que existen aspectos comunes entre las distintas ciudades latinoamericanas, también lo es que las particularidades de la capital colombiana son manifiestas. La Historia urbana reciente ha demostrado que es un error pretender entender a Bogotá desde el conocimiento de otras urbes del continente que, desde la superficie, parecen semejantes. Las comparaciones ligeras que se basan en realidades disímiles deben prescindirse: la comprensión adecuada del entorno capitalino sólo es posible desde la especificidad de su proceso histórico.

La historiografía tradicional tiende a sobrevalorar los cambios que se dieron en la urbe a fines de la centuria decimonónica haciendo incluso caso omiso a los propios testimonios de la época. La capital que entró al siglo XX no fue una ciudad de grandes edificios, de importantes monumentos o de obras de infraestructura notables; tal como se ha demostrado en investigaciones precedentes, ni siquiera la mentada modernización reyista implicó una modernización⁴.

La Bogotá de los años en estudio fue una capital nacional signada por su carácter paradójico, pero profundamente consecuente con el proyecto político de la Regeneración: la imagen urbana que los regeneradores concibieron, fomentaron y consolidaron “desde arriba”, hizo visible lo inmaterial no sólo porque el desarrollo material de la ciudad era modesto, sino sobre todo, porque en la lógica regeneradora, «el desarrollo moral era el que traía consigo la civilización verdadera, síntesis final del progreso en todas sus formas», y «obra inseparable del sentimiento religioso» (Núñez 1945: 357)⁵.

³ El término Atenas Suramericana fue empleado por primera vez a comienzos de la década de 1860. Ver: Montenegro González, 2003: 133-143. Un análisis de la historiografía sobre la materia, así como de los extranjeros y connacionales que avalaron o refutaron esa imagen, se encuentra en: Suárez Mayorga, 2008.

⁴ Al respecto, véase: Suárez Mayorga, 2006a; Suárez Mayorga, 2006b; y Suárez Mayorga, 2015. La historiografía tradicional sostiene que Rafael Reyes fue el modernizador de Bogotá, pero en otro texto he demostrado que esta aserción es producto de una visión apologista del régimen reyista que no se condice con el proceso histórico bogotano.

⁵ Vale anotar que «las imágenes urbanas son mayormente construcciones oficiales y oficializadas que operan como instrumentos de poder y control» (Lacarrière, 2007: 55).

La Atenas Suramericana fue, en consecuencia, producto de una estrategia política, orientada a legitimar un determinado orden: el regenerador. Y su pervivencia en el tiempo es la prueba fehaciente del triunfo de la ideología regeneracionista; una ideología caracterizada por preconizar que el progreso moral (término entendido dentro de la estricta obediencia a la doctrina católica) era más importante que el progreso material, pues para los líderes de la Regeneración –Rafael Núñez, Miguel Antonio Caro y Carlos Holguín- la existencia del primero aseguraba, tarde o temprano, la consecución del segundo⁶.

Fundándose en esta certeza, los regeneradores hicieron suyo el discurso de aquellos letrados que exaltaban la cultura, el lujo, la comodidad, que se percibía al interior de las casas de la élite capitalina -en contraposición al desaseo, la miseria, que exhibían las calles de la ciudad- para reivindicar, con base en la naturaleza «cultiva, inteligente e instruida» de la sociedad bogotana que acogía en su seno a nacionales y extranjeros por igual, la primacía del centro (la capital) sobre la periferia (las regiones) (Cané, 1992: 171)⁷. Tan hondo caló entre los colombianos esta representación inmaterial de la ciudad, que en 1959 el historiador y diplomático Daniel Ortega Ricaurte concluyó su libro “Cosas de Santafé de Bogotá” diciendo lo siguiente:

Hemos recorrido la hidalga y amada ciudad de Santafé de Bogotá (...). Ciudad legendaria y galante, blasonada **como la muy noble y muy leal capital de la República, justamente llamada por su sabiduría la Atenas Suramericana. Bogotá, orientadora espiritual de Colombia**, la domina desde la cima de los Andes como **paradigma de la cultura nacional**. Iniciada con doce bohíos, por **su hospitalidad ha crecido en provecho de la Nación y de todos los colombianos** (...) siempre “**acogedora y amable, ejemplar en su patriotismo** y única en su desprendimiento, madre generosa que por igual acoge y protege” (Ortega Ricaurte, 1990: 415)⁸.

⁶ Historiográficamente existen diversas posturas sobre el espacio temporal que cubrió la *Regeneración*, no obstante, la periodización que aquí se adopta comienza con la promulgación de la Constitución de 1886 y se extiende hasta 1910. Un estudio detallado sobre el pensamiento de los líderes de la Regeneración se halla en: Suárez Mayorga, 2015.

⁷ Miguel Cané y Martín García Mérou fueron quienes conceptualizaron esa contraposición entre los hogares de la élite bogotana y el espacio físico de la ciudad, cuando ejercieron como diplomáticos en suelo colombiano. Este proceso, el cual denomino la “dicotomía interior-exterior”, es fundamental para entender la nación que surge del proyecto regenerador. Importa remarcar que esta antítesis centro-periferia remite a la dicotomía civilización-barbarie que ha sido ampliamente estudiada en América Latina desde distintos ángulos. La literatura es extensa, por lo que me limitaré a mencionar cuatro autores: Ternavasio (2007); Szuchman (2000); Svampa (1994); y Taborda (1933).

⁸ Las negrillas son mías. Mónica Lacarrieu (2007) afirma que «lo inmaterial o la cultura expresiva de la ciudad», también contribuye a la definición de cada imagen urbana. Lo que se propone en este

La alusión efectuada en la cita a la sabiduría de los capitalinos, al papel de la ciudad como orientadora espiritual de la nación, a su ejemplar patriotismo y a su actitud hospitalaria con respecto a aquellos que arribaban a su damero, sintetiza a la perfección los principios sobre los cuales la Regeneración construyó la imagen urbana de Bogotá. La urbe ateniense reivindicada por los regeneradores necesitaba constituirse en el cerebro y el corazón de la República para legitimar el poder político del régimen; empero, igual que sucedía con el nacionalismo, que era el partido de gobierno, esa generosidad de la capital escondía tras de sí un carácter segregador que se traducían en la superioridad de unos pocos sobre el resto de la patria. Tal situación acabó dando origen al surgimiento de una correlación ciudad-nación que desde entonces se ha mantenido intacta en la mente de los colombianos: Bogotá impone, Bogotá decide, Bogotá oprime a los demás.

La realidad histórica es, sin embargo, otra. Bogotá siempre se resistió a ser el bastión de esa segregación porque, gracias a la mencionada correlación, la ciudad no sólo quedó subsumida al poder central, sino que además se erigió en el foco de todas las críticas proferidas desde las regiones. Interesa llamar la atención sobre el carácter paradójico que encierra dicha cuestión porque, en contrapartida a lo que tradicionalmente se ha aseverado, la más perjudicada con el centralismo regenerador fue la capital. Historiográficamente se insiste en que Bogotá se benefició con la centralización político-administrativa ejercida por el Estado colombiano durante la Regeneración, pero esta es una apreciación errada: el Municipio no empezó su modernización urbana tempranamente no tanto a causa de la falta de impuestos, a la complejidad del territorio o a la quiebra del país (factores que incidieron en ello), sino sobre todo a causa de la subordinación en la que se encontraba con respecto al poder central⁹.

Las fuentes recopiladas demuestran que las autoridades municipales promulgaron medidas encauzadas a propender por el desarrollo urbano capitalino, pero el Gobierno las obstaculizó, bien fuera emitiendo leyes de carácter nacional que derogaban los Acuerdos sancionados por los regidores, o bien fuera anulando las potestades conferidas en la carta magna al ámbito local. Tanta trascendencia alcanzó este devenir que es posible afirmar que en el momento en que la capital intentó separarse del vínculo indivisible que tenía con el Estado nacional, la autoridad gubernamental incrementó su dominio sobre ella impidiéndole

artículo es que la imagen de la urbe ateniense está construida sobre un discurso que reivindica lo inmaterial (la cultura, la civilidad de los bogotanos) para expresar la valía de la capital de la República como centro neurálgico del país.

⁹ El lema de la Constitución de 1886 era *centralización política y descentralización administrativa* pero su aplicación fue un rotundo fracaso; es por esto que aquí se utilizan ambos términos como distintivos de la doctrina regeneradora.

progresar: la condición de Bogotá como cerebro y corazón del país acabó por limitarla para que ni pensara ni sintiera autónomamente¹⁰.

La falta de interés de la historiografía nacional por ahondar en el conocimiento del entorno local es, sin lugar a dudas, lo que ha estimulado la persistencia del error. La correlación ciudad-nación no se fundamentó en una amalgama de ambas esferas sino que adquirió tres dimensiones distintas: la de nación, esgrimida desde el Estado centralizado típico de la Regeneración; la de la región, profesada desde las secciones que sentían a Bogotá como la personificación de la opresión y la corrupción estatal; y la municipal, enunciada desde la administración capitalina para luchar por su autonomía¹¹.

La preeminencia de las dos primeras vertientes en la literatura sobre el tema ha generado que se le otorgue un papel significativo al espacio bogotano pero desde un enfoque negativo, es decir, para señalar el excesivo centralismo que ejerció la localidad sobre el resto del país. Incluso, algunos investigadores fundamentan en este hecho la incapacidad que tuvo Bogotá de imponerse a lo largo del siglo XX como el principal polo de desarrollo de la patria -a manera de lo que sucedió, como lo señala Miguel Ángel Centeno, con Buenos Aires en Argentina- con el propósito de argüir que esa debilidad explica la lentitud con la que Colombia ha progresado a lo largo de su historia¹². La connotación perniciosa que se le ha dado a la capital puede rastrearse tanto en el pasado como el presente; y es precisamente tal permanencia lo que en este artículo se está poniendo a discusión¹³.

¹⁰ El ejemplo más tangible fue lo que sucedió con las aguas del río Fucha, pues a pesar de los esfuerzos del burgomaestre y de los cabildantes, los dueños del predio por donde pasaba la corriente, Gonzalo Arboleda y José Domingo Ospina Camacho, no fueron expropiados debido a que el dignatario de la época, José Manuel Marroquín, dictó una Resolución en donde revocaba la orden del Tribunal de Cundinamarca de devolverle el caudal al Municipio (Suárez Mayorga, 2010).

¹¹ Tanto la dimensión nacional como la regional han sido mencionadas en nuestra historiografía, pero la tercera es inédita, por lo que encarna uno de los aportes más importantes de este texto a la discusión académica actual.

¹² En su libro "Sangre y deuda. Ciudades, Estado y construcción de la nación en América Latina" Miguel Ángel Centeno llega a aseverar, de manera poco afortunada, que la incapacidad de la capital nacional de gobernar las regiones es lo que ha propiciado que «Colombia se esté desintegrando rápidamente» (Centeno, 2014: 30). Las críticas que se le pueden hacer a este texto son numerosas por los errores de apreciación frente a la realidad colombiana, pero sobre todo, por su total desconocimiento de la realidad local. Véase, al respecto: Fernán E. González, 2014: 22; y Jymy Alexander Forero, 2009: 240.

¹³ Muestra de ello fue la última campaña presidencial: a Juan Manuel Santos se le criticó que tanto él como su Vicepresidente, Germán Vargas Lleras, fueran bogotanos y peor aún, que encanaran a la élite tradicional de la capital.

El contexto necesario

La alusión más antigua de Bogotá como «cerebro i corazón del pueblo colombiano» se remonta a 1874, año en el que Miguel Samper escribió un artículo en el Diario de Cundinamarca en el que responsabilizaba al Estado cundinamarqués de la «mugre, oscuridad e inseguridad» que el Municipio exhibía. La trascendencia de su disertación radicaba en que denunciaba la injusticia que constituía que «el Estado tratara a la capital como no querría ser tratado por la Nación» (X.Y.Z., 1874: 1161)¹⁴. La convicción que primaba en su razonamiento era que la localidad representaba la médula de la patria, circunstancia que además de otorgarle una posición hegemónica dentro del entorno nacional, la convertía en un claro reflejo de lo que éramos pues, desde su perspectiva, las carencias urbanísticas que el damero ciudadano denotaba, eran la prueba fehaciente de las falencias que teníamos como país.

Unos años más tarde, Miguel Cané y Martín García Mérou, construyeron relatos tendientes a legitimar esa preponderancia de la capital sobre el resto del territorio colombiano. Fruto de ello fue la aparición, partir de los años ochenta, de un discurso que reivindicaba dicha oposición basándose en lo que he denominado la dicotomía interior-exterior. Tal diferenciación se manifestó tanto en relación con la fisonomía de la ciudad (las casas de la élite en contrapartida a las calles capitalinas), como en lo concerniente a la función que cumplía Bogotá como centro neurálgico de la «cultura moral e intelectual» de la patria (García Mérou, 1989: 117-119)¹⁵.

La promulgación de la Constitución de 1886, base fundacional de la «revolución moral» propugnada por la Regeneración, hizo de esa contraposición su piedra de toque: el pasar de un régimen federalista a otro de tipo centralista no sólo significó modificar el ordenamiento administrativo hasta entonces vigente, sino también supuso exaltar el carácter hegemónico de la capital aduciendo que la intelectualidad de los connacionales se concentraba en Bogotá (Francisco, 1983: 181). Interesa recalcar que esta cuestión no pasó inadvertida en la época; desde la prensa y desde la academia se hicieron numerosos cuestionamientos al respecto, esencialmente centrados en la contradicción que suponía erigir una República moderna basándose en la primacía de lo intelectual sobre lo material pues, según los regeneradores, priorizar «el reinado de las ideas» era el medio más eficaz para instituir una sociedad moral, respetuosa del orden y católica (La Opinión, 1900: 210-211).

¹⁴ Téngase en mente que entonces regía un sistema federalista. Bogotá era la capital de Cundinamarca pero también la capital de los Estados Unidos de Colombia.

¹⁵ También es importante en esta conceptualización el suizo Ernest Röthlisberger, quien arribó a Colombia por la misma época que los dos diplomáticos argentinos.

Las críticas esgrimidas no redundaron, empero, en un cambio de rumbo político porque el movimiento regenerador, aparte de cimentar su legitimidad en la preeminencia del centro (el Estado) sobre las secciones (el poder regional), utilizó tales preceptos para justificar el letargo que mostrábamos en comparación con otros países hispanoamericanos. La nación moderna que la Regeneración quería erigir no sólo era antimoderna, sino que además se fundaba en la reivindicación de nuestra falta de progreso material. Carlos Holguín lo sustentaba como sigue:

Debemos aprender (...) a vivir con lo que tenemos, y a no vivir atormentados con el espejismo del extraordinario progreso material de otros países. Ni la riqueza es por sí sola elemento de felicidad para los pueblos, como no lo es tampoco para los individuos, ni a su consecución se pueden sacrificar otros bienes de orden superior. Colombia sería uno de los países más felices de la tierra, con sólo que nos diéramos cuenta de nuestra felicidad. (...) puedo decir que somos muy felices, que no cambiaría **nuestro atraso por la prosperidad de ninguno de los países que he visitado.** (...) (Martínez, 2001: 467)¹⁶.

La singularidad colombiana radicó precisamente en este punto: llamar a Bogotá el cerebro i corazón de la patria no era un acto de originalidad porque otras capitales (como Buenos Aires) habían sido designadas así a fines del siglo XIX para indicar la importancia que albergaban en la conformación nacional¹⁷. Una buena infraestructura, un notable crecimiento urbano, una arquitectura imponente, eran elementos imprescindibles para dar la imagen adecuada de esa nación moderna que se quería consolidar¹⁸.

Nosotros, por el contrario, asumimos una imagen urbana (la de la urbe ateniense) que afianzaba la centralización política concebida por los regeneradores sin que entrañara un proceso de modernización: la exaltación de la capital estaba fundamentada en el progreso moral, no en el material. Un par de consecuencias se desprenden de esto: por un lado, que la imagen en torno a la cual la Regeneración edificó la República no era unificadora sino disgregadora en la medida en que

¹⁶ Las negrillas son mías.

¹⁷ Oscar Terán (2008) explica que el proceso de modernización que experimentó Buenos Aires al final de la centuria decimonónica estimuló que algunos integrantes de la «Generación del 80» (como Eduardo Wilde) vaticinaran su conversión en «la Atenas de Sudamérica» (25). En relación con el desarrollo urbano porteño, se recomiendan dos autores: Adrián Gorelik (2004) y Luciano de Privitellio (2003). Ambos tienen posturas disímiles con respecto a la polarización entre el Concejo Deliberante y la Intendencia, pero considero que estos debates son los que permite construir una historiografía urbana mucho más sólida y consecuente con el decurso histórico local.

¹⁸ Mónica Lacarrieu (2007) explica este proceso para el ámbito porteño a partir del concepto de «una imagen-síntesis dura». En función de ésta, Buenos Aires se convierte «en el espejo de lo que será la nación argentina» al «recrearla» como la «ciudad del progreso, asociada a la generación de 1880» (51-52).

desconocía la valía de lo regional para erigir sobre esa negación la relevancia de Bogotá; por el otro, que el desarrollo urbano capitalino quedó postergado. La ciudad evidenció desde finales de la centuria decimonónica hasta las postrimerías de la primera década del siglo XX una infraestructura precaria, testimonio de lo cual es que las denuncias acerca de la carencia de agua, el desaseo, la insalubridad, la falta de alumbrado, etc., proferidas en la década de 1890 siguieron siendo las mismas hacia 1910¹⁹.

Tener una capital «robusta», como lo decía «José Hernández al apoyar la federalización porteña en la Legislatura provincial, era tener una nación poderosa» (Passalacqua, 1996: 41), pero la Regeneración reinterpretó esta afirmación: en vez de conformar una nación poderosa, fundó una nación endeble que se fundamentaba en la segregación de la periferia frente al centro; y en vez de formar una capital robusta, estableció una capital que en su fisonomía era insalubre, desaseada, tipificada por la presencia de «asquerosos muladares», «focos de infección» que repartían «miasmas gratuitamente en todas las direcciones» (Aben-Abó, 1904: s.p.)²⁰.

Inscrita en este marco, quiero señalar que el examen sistemático de los periódicos bogotanos de estos años obliga a recalcar dos cuestiones: la primera, que difícilmente los cambios urbanos que se dieron en Bogotá hasta comienzos de la centuria pasada pueden verse de manera lineal, como si el siglo XIX fuera un siglo continuo en el que no hubieran ocurrido puntos de inflexión importantes que marcaron un rumbo diferente. La Bogotá post-independentista no es la misma del régimen federalista ni mucho menos la misma que la de Regeneración. Los diferentes procesos históricos que se sucedieron en cada una de esas etapas deben ser estudiados en su contexto, pues de lo contrario se continuará escribiendo una historia anacrónica.

¹⁹ Interesa recalcar, sin embargo, que en el ámbito hispanoamericano finisecular la imposición de una ciudad hegemónica que encarnaba la prosperidad nacional no estuvo exenta de contrariedades precisamente porque esto implicaba que la urbe «dejaba de ser para los locales para pasar a pertenecer» a todo el país. No obstante, allende las dificultades que existieron en las repúblicas hermanas, lo cierto es que en el continente se comprendió que era esencial poder expresar materialmente esa condición. La afirmación precedente no desconoce que las críticas para convertir a Buenos Aires en la capital de la Argentina fueron múltiples; empero, al igual que sucedió con lo que hoy es México D.F., ambas pudieron consolidarse como «síntesis del país» porque exhibieron en su infraestructura, en su damero, en su administración, esa hegemonía (Passalacqua, 1996: 41-43).

²⁰ La utilización de estos términos no es contingente, sino que responde a la manera en que se expresaban tanto las crónicas como la prensa del período en estudio sobre el aspecto de la urbe. Hacia 1902 Manuel José Patiño escribía en su *Guía práctica de la capital*: “De los muladares y sucios extramuros, y de las desaseadas calles y plazas, se entra a las habitaciones particulares, en ellas Bogotá tiene otra faz” (Martínez Silva, 1978: 121).

La segunda, es que es necesario reconsiderar la importancia que buena parte de la historiografía le ha dado a ciertos hitos urbanos decimonónicos que han sido enaltecidos con base en una lectura superficial de las fuentes de la época. Mencionaré un par de ejemplos: a) la preocupación de los bogotanos finiseculares fue la falta de agua en la ciudad, carencia que no obedeció a la inexistencia de caudales cercanos que pudieran ser utilizados para proveer el líquido, sino a los intereses que estaban en juego. Testimonio de ello es que el Gerente del Acueducto, Ramón B. Jimeno, se negó reiteradamente a pactar con la administración municipal una renegociación del contrato que permitiera un mejoramiento del servicio, situación que propició que únicamente hasta 1914 pudiera darse solución al problema al concretarse la municipalización de la empresa²¹; b) la introducción del tranvía suscitó desde el comienzo críticas entre la población. Los reproches de los bogotanos, inicialmente centrados en que «las líneas ocasionarían el empeoramiento de los pavimentos», pronto derivaron en denuncias recurrentes por «el sobrecupo, el desaseo, los accidentes, las restricciones en el horario, pero sobre todo, por los abusos de la compañía». El descontento generalizado alcanzó tal magnitud que en 1910, y en respuesta a la agresión sufrida por un postillón a manos de Mr. Martin, los capitalinos organizaron un boicot que culminó con la compra por parte del Municipio de la Empresa del Tranvía (Mejía Pavony, 2000: 147; y Suárez Mayorga, 2006a: 139)²².

Los planteos precedentes, si bien ponen de manifiesto hasta dónde la historiografía ha estimulado una visión apologética de los cambios percibidos en el entorno ciudadano, no pretende, sin embargo, negar la transformación más relevante del período en estudio, completamente ignorada –hasta ahora– por la literatura sobre el tema: a saber, la conformación de una administración local comprometida con la defensa de los intereses comunales, así esto le supusiera entrar en conflicto con las distintas instancias gubernamentales.

La historia bogotana es otra si se mira desde este ángulo; no es lo material, no es lo visible, lo que marcó la entrada al siglo XX de la capital. La persistencia en el tiempo de la imagen de Bogotá como Atenas Suramericana así lo atestigua.

²¹ La empresa del Acueducto fue instituida mediante el Acuerdo 23 de 1886 y los problemas con el servicio surgieron casi de inmediato, prueba de lo cual es la revisión al contrato que se llevó a cabo el 23 de noviembre de 1887. No obstante, las modificaciones allí acordadas quedaron a la larga sin aplicación.

²² La primera línea de tranvía se inauguró en 1884 para comunicar a Chapinero con la ciudad (Mejía Pavony, 2000: 144). Vale anotar que no se puede desconocer el papel que cumplió el resentimiento que por entonces sentían los bogotanos frente a los «yanquis» en el éxito del boicot (Suárez Mayorga, 2006a: 141).

Los ecos en el presente

Tal como se mencionó con anterioridad, uno de los rasgos esenciales de la imagen de la urbe ateniense es el patriotismo. La capital del país, por su condición de cerebro y corazón de la República, debió asumir la responsabilidad de dar ejemplo al resto del territorio patrio. La oportunidad de demostrar esto llegó con la pérdida de Panamá, suceso ocurrido el 3 de noviembre de 1903, es decir, al año de firmado el Tratado de Wisconsin, que dio por terminada la Guerra de los Mil Días.

Tras conocerse la noticia, José Manuel Marroquín promulgó el Decreto 998 de 1903 por medio del cual se declaraba turbado el orden público en Bogotá. Los regidores capitalinos de inmediato se aprestaron a ofrecer la considerable suma de «quinientos mil pesos del Tesoro municipal» para invertirla en «el equipo, armamento y traslación» de las tropas que debían partir desde la ciudad para aplacar la insurrección, dinero que se obtendría de la «suspensión de las obras públicas» y de la «reducción» de los sueldos de los empleados distritales (Gobernador de Cundinamarca, 1904: XXXI)²³.

La entidad además alentó a los habitantes para que apoyaran económicamente al Ejecutivo a través de aportes voluntarios, moción que los cabildantes bogotanos respaldaron otorgando cada uno, de su propio patrimonio, cinco mil pesos, suma que a la postre fue utilizada como monto base de una suscripción nacional (Registro Municipal, 1903: 19)²⁴. La postura asumida por la Municipalidad fue exaltada por el mandatario, actitud que generó que en las regiones se acentuaran los resentimientos hacia la capital.

La proximidad de las elecciones presidenciales que iban a verificarse en 1904 se erigió en la oportunidad perfecta para que los diarios departamentales empezaran a culpar a Bogotá de «los males que nos aquejaban». El postulado que al respecto sostenía el periódico *El Norte*, editado en Cartago, sugería que era en su suelo donde «por desgracia y desde tiempo inmemorial, todo, hasta la honradez de la patria y la integridad del territorio, se posponía o subordinaba a las intrigas de los círculos políticos» que allí residían (*El Orden*, 1904: s.p.)²⁵.

²³ José Manuel Marroquín era el Presidente de la República, pero firmaba como Vicepresidente porque era el cargo para el cual había sido elegido en 1898, es decir, dos años antes de que le diera el golpe de Estado a Manuel Antonio Sanclamente.

²⁴ Para dar una idea acerca de lo exorbitante de la cifra, es preciso indicar que en 1904 el Departamento de Cundinamarca esperaba ingresar al Tesoro seccional en todo este año por concepto de rentas \$167,329 pesos, es decir, casi una tercera parte de lo que estaba ofreciendo la Municipalidad (Gobernador de Cundinamarca, 1904: 25).

²⁵ La abreviación s.p. significa que la publicación no tiene página. Nótese que la identificación de la urbe con el Gobierno que se traslucía en estas palabras retomaba la correlación ciudad-nación decimonónica entendida desde la dimensión *de la región*.

La proliferación de artículos que hacían eco del mismo tema originó que la prensa citadina se pusiera en pie de lucha, aduciendo que quienes proferían estos comentarios omitían que la urbe había sido la principal damnificada de la centralización instituida por la Regeneración. Uno de los periódicos que abordó enérgicamente este tópico fue *El Comercio*, el cual publicó un escrito en donde aseguraba que eran aquellos compatriotas que venían de provincia los que, una vez en el poder, se encargaban de asfixiar a las regiones:

La causa de los infortunios que estamos saboreando no se halla en Bogotá exclusivamente; aún más, creemos que elementos de la vida bogotana han sido los factores más eficaces para impedir que esos males se extremen, y no vacilamos en aseverar, que si ellos no han producido el total agotamiento, el marasmo absoluto del alma nacional, á Bogotá en gran parte se le debe. (...) De fuera vienen quienes, acogidos con la hospitalidad generosa que saben dispensar los pueblos cultos, se revuelven después, convertidos en autoridad, como azote sobre las mismas provincias que fundaron en ellos una esperanza (*El Comercio*, 1904: s.p.).

La alusión a la hospitalidad generosa de los capitalinos, propia de la imagen urbana de Bogotá como Atenas Suramericana, era utilizada por el redactor de la nota para remarcar que los bogotanos no eran los culpables de la crisis que experimentaba el país, pues buena parte de ellos ni siquiera tenían participación en los círculos políticos que tanto desprecio suscitaba entre los connacionales. Fundado en este planteamiento, aquél igualmente abogaba porque al Municipio se lo desligara del nexo indivisible que lo ataba al Gobierno, en aras de que la localidad estuviera en igualdad de condiciones con el resto del territorio patrio para reivindicar, ante las autoridades gubernamentales, su autonomía municipal:

Al régimen central é irresponsable es evidente que le corresponde no escasa parte en los males que afligen á la Patria. De que ese régimen haya matado el espíritu de iniciativa, haya absorbido todos los elementos de vida que flotaban en el ambiente nacional, haya desmoralizado todas las clases sociales (...) no es responsable Bogotá, no puede serlo. ¿Será racional culpar á la capital porque en ella se reunieron los legisladores del 86 y siguen reuniéndose los Congresos regeneradores que han complementado la labor liberticida de aquéllos? Lejos de [esto] acaso debemos pensar que esa labor no se ha extremado y aun ha llegado en ciertos momentos a paralizarse, gracias al medio ambiente bogotano, que jamás ha sido propicio al terrorismo ni a las dictaduras (*El Comercio*, 1904: s.p.).

Los racionios del articulista estaban encaminados a mostrar que la institucionalidad que personificaba la urbe no debía confundirse con la responsabilidad de lo ocurrido: por ser la sede del poder central, la ciudad había sido protagonista del decurso político que había arrastrado a la República a la penosa situación en que se hallaba, pero los errores cometidos para llegar hasta ese punto eran producto de todos los colombianos. La elección de los

constituyentes, de los congresistas, de los dignatarios que nos habían conducido por esa senda era de carácter nacional, así que en su opinión, no era justo que los bogotanos fueran objeto de tanta animadversión.

La pertinencia de estas palabras mantiene su vigencia aún en la actualidad. Hace un par de meses atrás el reconocido escritor Héctor Abad Faciolince publicó un editorial en el periódico El Espectador en el que afirmaba lo siguiente:

No soy regionalista, pero cuando desde Bogotá intentan imponernos a los antioqueños algún esperpento corrupto como candidato a la Gobernación de mi departamento, dan ganas de volverse “antioqueñista” (...) y mandar al carajo al poder político de la capital.

Es una infamia que desde Bogotá, el señor Horacio Serpa o el señor Vargas Lleras nos quieran imponer un candidato nefasto (...) y otra infamia que desde su cuartel de la policía en Bogotá el expresidente Uribe y bogoteños de su “Centro Democrático” (...) hayan puesto en la baraja a una candidata famosa por su podredumbre familiar para orientar políticamente esta región. (...)” (Abad Faciolince, 2015)²⁶.

Ha pasado más de un siglo desde que el articulista de El Comercio publicó su texto denunciando el daño que le había hecho a los capitalinos la mala interpretación de la correlación ciudad-nación engendrada por el régimen regenerador, pero todavía en la mente de los colombianos persiste la idea de que Bogotá es la que impone, la que centraliza, la que ejerce una fuerza hegemónica sobre el resto de los departamentos.

Las reflexiones efectuadas en este escrito encuentran dentro de este contexto su sentido: la pretensión ulterior era demostrar que el mantenimiento de esa concepción, producto del desinterés de la historiografía nacional por ahondar en el conocimiento de la historia bogotana, no sólo fue perjudicial para la ciudad durante la Regeneración, sino que continúa siendo perjudicial para el país. La proliferación de publicaciones que reproducen el precepto de que la capital ejerció un control absoluto sobre el territorio patrio, sin detenerse a analizar cuál fue el alcance real de esa centralización, han sido las responsables del surgimiento de una concepción errada de su proceso histórico que ha dificultado que nos identifiquemos como parte de una misma nación.

No puede negar, empero, si se analiza el problema a la luz de la conceptualización teórica con la que se dio inició a este artículo, que la pervivencia entre nosotros de la imagen urbana de la Atenas Suramericana es la prueba fehaciente del triunfo rotundo de la ideología regeneradora; pese a ser una patria fragmentada, atrasada, antimoderna, fuimos profundamente consistentes con la aceptación de estos

²⁶ Téngase en cuenta que Álvaro Uribe Vélez es antioqueño y Horacio Serpa es santandereano.

principios, al grado que ni la guerra, ni la separación de los panameños hizo posible que el odio de las regiones hacia la capital desapareciera, o al menos, aminorara. Mirado a la luz del presente, creo que este tópico es esclarecedor para dilucidar no sólo por qué nos consideramos un país de regiones, sino especialmente, por qué históricamente ha sido tan complejo el proceso de modernización urbana de Bogotá. Llamar la atención sobre el desconocimiento que existe al respecto es el paso inicial para fomentar la discusión académica e incentivar que se replanteen ciertos supuestos sobre la materia.

Bibliografía

ABAD FACIOLINCE, Héctor (2015). "Con la A de Antioquia". (Disponible en: <http://www.elespectador.com/opinion/de-antioquia> Consultado el 20 de octubre de 2015).

ABEN-ABÓ. "Charla bogotana" (1904). Sur América. Año I. Serie I. No. 7. 20 de enero: s.p.

CANÉ, Miguel (1992). Notas de viaje sobre Venezuela y Colombia. Bogotá: Tercer Mundo Editores.

CENTENO, Miguel Ángel (2014). Sangre y deuda. Ciudades, Estado y construcción de nación en América Latina. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Instituto de Estudios Urbanos.

FRANCISCO (1983). Bases teóricas de la "Reforma política en Colombia". Medellín: s.e.²⁷.

GARCÍA MÉROU, Martín (1989). Impresiones. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, Alcaldía Mayor de Bogotá e Instituto Distrital de Cultura y Turismo.

GOBERNADOR DE CUNDINAMARCA (1904). Informe del Gobernador del Departamento a la Asamblea en sus sesiones ordinarias de 1904. Bogotá: Imprenta de Vapor.

GONZÁLEZ GONZÁLEZ, Fernán E. (2014). Poder y violencia en Colombia. Bogotá: Odecofi-Cinep.

GORELIK, Adrián (2004). La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936. Argentina: Universidad Nacional de Quilmes.

"En defensa de Bogotá" (1904). El Comercio. Año IV. No. 211. 18 junio: s.p.

²⁷ La abreviación s.e. significa que no tiene editorial. El texto está mecanografiado.

FORERO, Jymy Alexander (2009). "La formación de los estados-nación modernos: modelos y enfoques interpretativos desde la perspectiva comparada". Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, 36, 1, pp. 229-250.

"La Administración" (1900). La Opinión. Año I. No. 53. 20 octubre: 210-211.

LACARRIEU, Mónica (2007). "La "insoponible levedad" de lo urbano". Revista Eure, XXXIII, 99, pp. 47-64.

MARTÍNEZ, Frédéric (2001). El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900. Bogotá: Banco de la República.

MARTÍNEZ SILVA, Carlos (1978). Bogotá reseñado por cronistas y viajeros ilustres (1572-1948). Bogotá: ESCALA.

MEJÍA PAVONY, Germán (2000). Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá, 1820-1910. Bogotá: CEJA.

MONTENEGRO GONZÁLEZ, Augusto (2003). "La 'Atenas Suramericana'". Búsqueda de los orígenes de la denominación dada a Bogotá". Memoria y Sociedad. Revista del Departamento de Historia y Geografía, 7, 14, pp. 133-143.

NÚÑEZ, RAFAEL (1945). La reforma política en Colombia. Tomo I. Vol. 2. Bogotá: Editorial Antena.

ORTEGA RICAURTE, Daniel (1990). Cosas de Santafé de Bogotá. Bogotá: Tercer Mundo Editores.

PASSALACQUA, Eduardo (1996). "La autonomía de Buenos Aires. Un ensayo de Historia institucional sobre las ideas y las formas de un cambio, y una tentativa de descripción. Resultados actuales y potenciales". En Hilda Herzer. Ciudad de Buenos Aires. Gobierno y descentralización. Buenos Aires: Oficina de Publicaciones del CBC, pp. 41-107.

PRIVITELLIO, Luciano de. (2003). Vecinos y ciudadanos. Política y sociedad en la Buenos Aires de entreguerras. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

RAMA, Ángel (1984). La ciudad letrada. Hanover: Ediciones del Norte.

"Sesión del día 9 de noviembre de 1903" (1903). Registro Municipal. Año XXIX. No. 942. 27 noviembre: 19.

SUÁREZ MAYORGA, Adriana María (2006a). La ciudad de los elegidos. Crecimiento urbano, jerarquización social y poder político. Bogotá, 1910-1950. Bogotá: Editorial Guadalupe.

SUÁREZ MAYORGA, Adriana María (2010). "El poder en disputa. Una mirada a las tensiones surgidas en la administración bogotana a comienzos del siglo XX". Cuaderno Urbano 9. Espacio, cultura y sociedad, pp. 131-149.

_____ (2008). "Excavando el mito de la Atenas Suramericana. Reflexiones sobre la cultura bogotana de finales del siglo XIX". Revista Criterios. Cuadernos de Ciencias Jurídicas y Política Internacional, 1, pp. 63-99.

SUÁREZ MAYORGA, Adriana María (2006b). La escenificación del poder en el espacio urbano capitalino. Bogotá, 1870-1910. Tesis de Grado en la Maestría en Historia, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, D.C., Colombia.

_____ (2015). Bogotá en la lógica de la Regeneración. Indagando sobre el papel cumplido por el Municipio en la conformación del Estado nacional a partir del análisis de la administración capitalina. 1886-1910. Tesis de Grado en el Doctorado en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

SVAMPA, Maristella (1994). El dilema argentino. Civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista. Argentina: Ediciones El Cielo por Asalto.

SZUCHMAN, Mark D. (2000). "Construyendo la ciudad, construyendo el Estado: transición política y arquitectónica en la Argentina urbana, 1810-1860". En Luis Javier Ortiz Mesa y Víctor Manuel Uribe Urán. Naciones, gentes y territorios. Ensayos de historia e historiografía comparada de América Latina y el Caribe. Medellín: Universidad de Antioquia, pp. 370-406.

TABORDA, Saúl (1933). La crisis espiritual y el ideario argentino. Argentina: Instituto Social de la Universidad Nacional del Litoral.

TERÁN, Óscar (2008). Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la "cultura científica". Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

TERNAVASIO, Marcela (2007). Gobernar la revolución. Poderes en disputa en el Río de La Plata, 1810-1816. Argentina: Siglo XXI Editores.

"Voces de afuera" (1904). El Orden. Año I. Serie I. No. 2. 23 enero: s.p.

X.Y.Z. "Bogotá i los fueros municipales" (1874). Diario de Cundinamarca. Año V. No. 1,463. 23 octubre: 1161.